

Políticas del rompeolas

JOSÉ LUIS EGÍO GARCÍA*

Abstract: Reflection about the contemporary validity of political descriptive studies, developed and spread by political scientists and, specially, by Anglo-American political theorists (Huntington). Considering Giovanni Sartori as the more important diffuser of these theories in continental Europe, the methodology and the practical proposals of his famous essay *The Theory of Democracy* are contrasted, on the one hand, with the main critiques that Adorno levelled at descriptivism and, on the other hand, with the arguments that reality itself puts up against its putative description.

Palabras clave: Democracia (directa, tecnológica), participación, elite, dialectica, ciencia política.

Resumen: Reflexión sobre la validez contemporánea de los estudios políticos descriptivos, desarrollados y difundidos por la ciencia política, disciplina en la que los politólogos anglo-americanos (Huntington) ocupan un lugar de privilegio. Considerando a Giovanni Sartori como el más importante propagador de estas teorías en la Europa continental, la metodología y las propuestas prácticas de su famoso ensayo *The Theory of Democracy* son contrastadas, por un lado, con los principales críticas que Adorno plantea al descriptivismo; por otro, con los argumentos con los que la realidad misma se enfrenta a su descripción putativa.

Key words: (Direct, technological) democracy, participation, elite, dialectic, political sciences.

Con ocasión de la caída del Muro en 1989, algunos de los autores más importantes en la filosofía política contemporánea, capitaneados por Samuel Huntington, coincidieron en señalar una serie de olas de democratización que habían afectado a un gran número de países del globo durante el último siglo¹.

La obra de Huntington *La tercera ola*, publicada en una fecha muy cercana a estos importantes acontecimientos (la edición original de la obra se publica en Oklahoma en 1991), nos ofrece una visión general de un siglo XX caracterizado por la sucesión de olas de democratización y contraolas antidemocráticas².

El comienzo de la tercera ola democratizadora, en la que aún nos encontramos inmersos en opinión de Huntington, tendría su inicio en la Revolución de los Claveles portuguesa de 1974. Sin embargo, la fecha clave de este período es la de 1989, considerada no sólo por Huntington sino por otros muchos autores, una fecha de la que la concepción democrática de las instituciones políticas sale muy reforzada, con una posición de clara hegemonía ideológica en Europa occidental y central.

Fecha de recepción: 15 mayo 2006. Fecha de aceptación: 4 julio 2006.

* E-mail: egio6@etu.unige.ch

1 HUNTINGTON, Samuel P., *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994.

2 Huntington distingue una primera (1828-década de 1920), segunda (1943-1962) y tercera olas.

Coincidiendo en este esquema histórico, tomado en multitud de ocasiones como punto de partida de la reflexión política contemporánea, un gran número de autores, la discusión sobre cual debe ser el contenido distintivo y positivo de esta tercera ola de democratización está abierta. No hay acuerdo excepto a la hora de señalar la Caída o negatividad que marca tan contundentemente el inicio de este período³.

Es importante destacar que en el análisis de Huntington son cambios cuantitativos los que permiten hablar de ola democrática, de tal forma que podemos hablar de ola democrática cuando, en un determinado período de tiempo, el número de países que se dan instituciones políticas democráticas es superior al número de países en que las instituciones democráticas sucumben.

No son tenidos en cuenta en el análisis de Huntington aspectos cualitativos (como la transparencia en el funcionamiento de las instituciones o el grado de información de los ciudadanos respecto a cuestiones políticas, entre otros muchos), pese a que éstos son de crucial importancia para verificar si, a lo largo de los siglos XX y XXI, en los distintos regímenes democráticos se ha producido un cambio positivo en las prácticas de gobierno a la par que nuevos miembros se incorporaban al otrora llamado Mundo Libre. Estos aspectos cualitativos son también muy importantes a la hora de verificar el arraigo real de las prácticas democráticas en una sociedad.

Leyendo la obra de Huntington *La tercera ola*, uno tiene la impresión de sentirse ante el relato de una partida de ajedrez, en la que ora las piezas blancas (las de la democracia) avanzan, ora retroceden. No hay reflexión alguna, en cambio, sobre la evolución de las prácticas democráticas que distingue a cada una de las olas, únicos elementos que podrían dar a cada una de ellas una identidad clara y distinta.

Esta marginación de la discusión cualitativa realizada por Huntington tiene especial importancia en un contexto actual en el que, desaparecida la rivalidad con el Bloque Soviético, otros grupos de politólogos consideran que nos encontramos en condiciones (geopolíticas y tecnológicas) favorables para la ampliación de los derechos políticos de la ciudadanía, o mejor dicho, para el traslado al funcionamiento institucional de derechos que son ya reconocidos en la mayoría de las constituciones democráticas.

Es especialmente importante la proliferación de propuestas que pretenden que el ideal normativo de soberanía popular tenga un reflejo mucho mayor en las instituciones políticas, llegando estas propuestas no sólo desde los grupos de discusión organizados por politólogos y filósofos de la política, sino desde grupos de ciudadanos políticamente activos que organizan las asociaciones y foros de los que forman parte intentando acercarse a ese ideal de acción descrito por Habermas en su *Teoría de la acción comunicativa*.

Las discrepancias entre las propuestas que nos llegan desde estos ámbitos diversos son también muy grandes y su discusión nos ocuparía demasiado tiempo, por lo que durante los siguientes minutos me referiré simplemente al escollo inicial que los reformadores democráticos hemos de salvar con objeto de dar a esta tercera ola en la que nos encontramos unos rasgos distintivos, unas prácticas políticas propias.

El primer ataque debe ser dirigido, sin duda, contra las objeciones al cambio formuladas por parte de los demócratas satisfechos. Llegado este punto me gustaría centrarme, sobre todo, en las objeciones presentadas por el filósofo italiano Giovanni Sartori a lo largo de los últimos años.

3 A la hora de señalar esta fecha como un *nuevo comienzo* para la reflexión política estaría de acuerdo una amplísima serie de autores: desde HELD (*La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997) hasta SARTORI (*La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza, 1993).

Giovanni Sartori comparte con Huntington las premisas metodológicas que distinguen a la corriente más fuerte (en cuanto a publicaciones y recursos) del pensamiento político estadounidense. Los trabajos de estos autores tienen un carácter eminentemente descriptivo, siguiendo una metodología de trabajo empirista. Sartori, se ocupa así, en distinguir la democracia real, el modelo de democracia representativa hegemónico en la actualidad, de aquello con lo que podría confundirse.

En su obra más importante, *Teoría de la democracia*, el politólogo italiano realiza, en primer lugar, una distinción entre democracia prescriptiva (también llamada normativa) y democracia descriptiva (empírica). Mientras que el estudio prescriptivo nos llevaría a considerar los valores que fundamentan la política democrática, la descripción nos indicaría de que manera y hasta que punto son realizables estos ideales. En la excesiva importancia concedida al estudio prescriptivo, normativo o racionalista (predominante en la Europa continental), siempre según el parecer de Sartori, se podría encontrar la fuente de los grandes errores del perfeccionismo democrático, relacionados con el intento de que los ideales normativos de la democracia (especialmente el ideal de autogobierno), encuentren una traducción completa en la práctica de las instituciones políticas.

Esta distinción inicial entre teorías descriptivas y prescriptivas es crucial, ya que Sartori se apoya principalmente en la ausencia de *evidencias* empíricas para negar la posibilidad de que cualquier tipo de modelo político alternativo pudiera ofrecer una gestión más eficaz y legítima de los problemas de la comunidad que la llevada a cabo por los representantes ciudadanos en las democracias contemporáneas.

La reflexión especulativa en pos de la innovación política es desde esta óptica equiparada a la demagogia y a la manipulación. La actitud de Sartori es muy comprensible teniendo en cuenta que *Teoría de la democracia* aparece en 1987 y pensamos con él en la conocida utilización del término democracia «para representar entidades antitéticas y dignificar prácticas opuestas»⁴. Sorprende, sin embargo, la escasa atención dedicaba en la obra a los regímenes dictatoriales del Este y la enorme intensidad aplicada para corregir los vicios del perfeccionismo o exceso de idealismo político democrático. Quizás el descrédito del modelo soviético, cada vez menos comprendido y apoyado por los ciudadanos occidentales, le hiciera dirigir su mirada a factores de incertidumbre para la democracia representativa estudiados en ese período con menor frecuencia y presentir antes de 1989 que «el peligro que amenaza a una democracia que oficialmente carece de enemigos es, sobre todo, el perfeccionismo»⁵.

Desde el punto de vista de Sartori, llevando al límite los ideales normativos de soberanía popular o autogobierno la gestión política parecería víctima de la ineficacia. El funcionamiento eficaz de las instituciones políticas del Estado (en general, de todas aquellas instituciones que gobiernan sobre una extensión superior a la de la pequeña ciudad-estado que tenían en mente Rousseau y otros partidarios clásicos y modernos de la democracia directa) estaría, por tanto, asociado por definición al trabajo de representantes de la soberanía popular y, a la hora de tratar de mejorar la calidad de la participación de los ciudadanos en las instituciones, nos encontraríamos con problemas insalvables que no nos permitirían avanzar en la toma de decisiones.

En opinión de Sartori, dado que el gobierno de una minoría o grupo de representantes es una condición necesaria en instituciones de extensión provincial, estatal o interestatal, la democracia representativa se revela como el mejor sistema para que la minoría gobernante sea competente.

4 SARTORI, Giovanni, *Teoría de la democracia*, Vol. I, Madrid, Alianza, 1988, p. 25.

5 *Teoría de la democracia*, Vol. I, p. 113.

Siguiendo a Schumpeter⁶, Sartori considera que de la competencia obligada entre elites políticas característica del sistema democrático (competencia que encuentra su punto álgido en el momento de la elección popular de los representantes ciudadanos), se deriva automáticamente que los elegidos por el pueblo, los ganadores de esta competición electoral, son los más competentes para resolver los problemas que afectan a la comunidad.

La teoría competitiva de la democracia obvia de forma flagrante la evidencia empírica en la que Sartori la cree apoyada. Sobreestima, por ejemplo, la capacidad intelectual de unos ciudadanos a los que, por una parte, considera incapaces para tomar decisiones respecto a asuntos políticos concretos, y por otra, dota del don de la infalibilidad a la hora de elegir a sus representantes políticos.

Parece, al menos, que en las sociedades contemporáneas, dadas las restrictivas condiciones de acceso a los medios de comunicación, el ciudadano estará inclinado siempre a la elección de aquel que *es presentado* en ellos como el más competente. No pretendo decir, sin embargo, que sin la existencia de los medios de comunicación privados los ciudadanos votarían al que, en efecto, *es* más competente, sino que los medios de comunicación actuales adulteran esta *equidad en el aparecer* que fue tan cuidada por los griegos y que, en mi opinión, es requisito indispensable en una democracia⁷.

Creo que las contradicciones inherentes a la teoría competitiva de la democracia no son ni tan siquiera ignoradas por el propio Sartori. Es difícil al menos hacerla encajar con el pesimismo que recientemente manifestó acerca de la escasa inteligencia de algunos líderes mundiales⁸.

Respecto a la relación entre medios de comunicación y democracia, es cierto que Sartori no ha obviado ni mucho menos el tema, sino que le ha dedicado un amplio tratamiento en los últimos años⁹, siendo prolífico en sus ataques a la televisión. La caja descrita por Sartori, es una máquina potenciada en su capacidad de atracción por las nuevas innovaciones tecnológicas que estaría transformando al *homo sapiens* en un *homo videns*, en un hombre carente de saber y desprovisto de conceptos capaces de servirle de guía en la acción política. El vídeo-niño resultante, sería movido o teledirigido en esta era de la videopolítica, por imágenes que juegan con su emotividad y que lo alejan cada vez más de los patrones racionales de conducta.

Su análisis se detiene en este punto y adolece de una notoria falta de profundidad, principalmente, por su pretensión obstinada de separar análisis político y económico¹⁰. Sin embargo, obviando el entorno económico del mundo de los medios de comunicación, pasando por encima de los innumerables datos empíricos en los que Sartori afirmaba apoyar la evidencia de su teoría, el instrumento [la televisión y en general el mundo multimedia con sus «numerosas ramificaciones (Internet, ordenadores personales, ciberespacio)»¹¹] es condenado mientras que los instrumentalizadores quedan impunes. Sólo considerando el interés económico que rige la acción de accionistas y gerentes al frente de los nuevos mass-media se explica que, cada vez más, sean usados como

6 SCHUMPETER, Joseph Alois, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984.

7 Sobre la *aparición* del ciudadano en las instituciones políticas atenienses son muy interesantes los estudios de Hannah ARENDT, entre ellos los recopilados en *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997.

8 Cito sus propias palabras en el artículo *Giovanni Sartori, el europeo pesimista* aparecido en *El País Semanal*, número 1526, de 24 de diciembre de 2005, págs. 16-25, en el que habla de Bush como «un hombre de una estatura mental mínima» y «uno de los peores líderes de la historia», de Chirac como «un gaullista de poca inteligencia o de Prodi, como un político que «se equivoca casi siempre»

9 A destacar la obra monográfica de SARTORI, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998.

10 Para SARTORI, las teorías que mezclan ambos, como el marxismo, «generan confusión y confunden», tal como señalaba en el Epílogo que añadió a su *Teoría de la democracia* en 1993 (*¿Qué es la democracia?*, Madrid, Taurus, 2003).

11 *Homo videns. La sociedad teledirigida*, p. 11.

instrumento de dominio vertical, favoreciendo el control ideológico del ciudadano, su conversión en *masa*, recurriendo a uno de los términos empleados por Sartori. Concédaseme al menos rebatir una de las opiniones del italiano, para quien la competencia actual entre los medios de comunicación favorece la transmisión de información de calidad.

El marketing, como saben bien sus estudiosos¹², propugna que la empresa de éxito, la empresa informativa de éxito, no se distingue por ofrecer el producto de mayor calidad, sino por ofrecer el producto que satisface la necesidad real (yo diría actual, presente) de aquellos que están en disposición de consumirlo. Los medios de comunicación en la economía de mercado no pueden servir, por tanto, para proporcionar *buena* información a los ciudadanos y su labor nada tiene que ver con hacer a sus usuarios mejores en ningún sentido. Se da al público lo que el público desea y, de este modo, la parrilla la ocupan los contenidos que desea una mayoría desinformada preexistente, residuo perenne de una política en la que la autoridad no estaba sometida a control popular alguno. La dura pugna en la venta de estos contenidos y la necesidad continua de rebajar sus costes de producción (elemento clave para comprender la dependencia de un número cada vez mayor de medios de comunicación con respecto a unas pocas agencias o centros de producción de información) tampoco favorecen la diversidad, pluralidad, calidad y distinción del producto final.

Podemos al menos pensar que en otro orden económico y político, estas mismas tecnologías de la información y la comunicación que, para Sartori, impiden a los hombres del presente alcanzar su madurez y autonomía, podrían servir para que el ciudadano tuviera un acceso directo e inmediato a las instituciones y a una información mucho más plural que en cualquier tiempo pasado, favoreciendo al mismo tiempo la maduración de individuos e instituciones. Como he dicho, no es la tecnología en sí misma la que «atropella cada vez más al peso del *juicio crítico*»¹³, sino que los problemas con los que nos encontramos se deben a un mal uso interesado. En otras palabras, es posible un buen uso, es posible su utilización para dar legitimidad, vitalidad y fuerza nueva a la democracia. En lugar de mantener una actitud de denuncia impotente como la de Sartori, recreándonos en la negatividad, hemos de tener los ojos bien abiertos rastreando las posibilidades que las nuevas tecnologías de la información nos abren de cara al futuro.

Urge, por ejemplo, volver a pensar las circunstancias que hicieron necesaria en el pasado la representación de la soberanía popular y considerar, en que medida y en que situaciones hoy, esta representación es de hecho indispensable. Incluso desde una posición empirista como lo de Sartori, ateniéndonos al mundo en el que nos toca vivir, lo cierto es que en la actualidad disponemos de tecnologías que permiten a los ciudadanos el intercambio de la información necesaria para la toma de decisiones políticas de forma instantánea y que, gracias a estas tecnologías, se podría conocer la voluntad de cada uno de los ciudadanos respecto a cualquier asunto político en cuestión de minutos.

Un buen uso de la tecnología permitiría por ello contar con ciudadanos más implicados en la discusión política y con instituciones más legítimas, en cuanto que los ideales normativos de autogobierno y soberanía popular se verían plasmados de una manera más certera en las instituciones políticas. Estas instituciones podrían realizar también un trabajo más eficaz, en cuanto que el sistema democrático directo, permite al menos, la expresión clara de la voluntad popular respecto a los temas en discusión, voluntad a la que los gestores políticos (representantes, ahora sí, de algo que podríamos llamar *voluntad general*, concebida como la suma de voluntades individuales y,

12 KOTLER, P., *Dirección de Marketing*, Prentice-Hall, 2000.

13 *Homo videns. La sociedad teledirigida*, p. 169.

por tanto, no a la manera sublimada en que Rousseau presenta esta noción en *El Contrato Social*) habrían de ceñirse obligatoriamente. Esta sujeción al mandato del pueblo evitaría sin duda alguna, el conflicto más desestabilizador para una democracia representativa, la disociación ocasional entre representantes y representados, de la que en nuestro país tenemos varios ejemplos recientes.

Formulando el problema ante el que nos encontramos con una terminología marxista, las fuerzas de producción, los medios de producción de información y comunicación en la sociedad contemporánea, parte de la superestructura económica, permitirían la creación de una nueva estructura política rechazada, sin embargo, por quienes detentan el capital que se ha empleado en el desarrollo de tales medios.

De esta forma y volviendo al ámbito de la propuesta práctica, la obligatoriedad de la acción de representantes ciudadanos en la toma de todas las decisiones políticas, hasta hace poco una necesidad práctica insalvable para una gestión eficiente de toda *gran* comunidad política, se revela hoy discutible o, aún más, contradictoria.

Entre los argumentos con los que Giovanni Sartori hace frente a las filosofías de la participación en *Teoría de la democracia*, además de ésta teoría competitiva de la democracia representativa a la que anteriormente me referí, resulta interesante referir brevemente el resto, reveladores más bien de una aversión y un temor a los ideales democráticos que de un apego por ellos. Para Sartori, A) la democracia de referéndum establece una tiranía de la mayoría que «maximiza el conflicto»¹⁴, ya que las decisiones adoptadas son irrevocables y no caben arreglos o correcciones. B) En segundo lugar, dejar decidir a aquellos que no guían su conducta ajustando medios a fines, a quienes carecen de «entendimiento competente»¹⁵, sería un suicidio, de tal forma que «una democracia de referéndum se hundiría rápida y desastrosamente en los arrecifes (...) de la incompetencia del conocimiento»¹⁶. Para Sartori, la situación tampoco mejoraría con el tiempo, ya que, en su opinión, no existe base plausible o evidencia de que la participación aporte conocimiento. C) En tercer lugar, la democracia directa y la democracia de referéndum implican para Sartori un riesgo añadido. Para el italiano, los extremistas son los que participan más a menudo en los debates y discusiones. Así, en una democracia en la que el extremista tuviera campo libre de acción, «contribuiría al naufragio de la comunidad política democrática más efectivamente y más rápidamente que su adversario, el ciudadano apático»¹⁷. D) En cuarto y último lugar, Sartori da por supuesto que en una democracia de este tipo, los ciudadanos serían presa fácil de los demagogos.

El juicio sobre la endeblez e ideologización de estos argumentos, como he dicho, lo confío al público lector. La intención clarificadora de Sartori, su voluntad de precisar y podar de determinados adjetivos incómodos al término democracia, presenta a mi juicio, las características de una operación de identificación y definición degenerada en ideología. Sería interesante considerar algunas críticas a este tipo de estudios descriptivos, estudios que se presentan a sí mismos en el debate público bajo el calificativo legitimador de ciencia. Entre las críticas notables que podríamos recuperar destaca, por ejemplo, la que realizó Theodor Adorno años atrás en su *Dialéctica negativa*. Para el alemán, el pensamiento científico adolece de una falta de profundidad, común tanto a su vertiente física como a la vertiente política de la que Sartori es representante. Lo que es considerado como material de trabajo del pensamiento, el dato empírico, no es «algo último para

14 *Teoría de la democracia*, Vol. I., p. 156.

15 *Teoría de la democracia*, Vol. I., p. 158.

16 *Teoría de la democracia*, Vol. I., p. 162.

17 *Teoría de la democracia*, Vol. I., p. 160.

el conocimiento»¹⁸; ni mucho menos. Para el pensador de la Escuela de Frankfurt ni el devenir solidificado en los conceptos¹⁹ puede ser pasado por alto de una forma tan flagrante como en *Teoría de la democracia*, ni el flujo de lo real puede ser apresado por la red de conceptos que manejamos. Siempre hay aspectos de lo real que se resisten a ser conceptualizados o aspectos que el mismo investigador prefiere dejar de lado. Siempre suceden acontecimientos que hacen que se derrumben o que ya no sean satisfactorias las teorías que manejamos. Las teorías y entre ellas, las teorías políticas o sociales no pueden, en modo alguno, presentarse como definitivas. La evolución tecnológica, el cambio en las relaciones económicas, sociales y políticas son algunas de las causas que hacen que las teorías lleven mal sus años de vejez.

La denuncia de Adorno es, ante todo, una denuncia de la consigna de orden que nos impele a ajustarnos a la realidad, a someternos a lo efectivo, pretendiendo que olvidemos que lo que es ahora, lo políticamente vigente, no es sino resultado de un proceso histórico en marcha, no pudiéndonos exigir, por tanto, ningún respeto para con sus pretensiones de eternidad.

Adorno consideraba por ello nuestras posibilidades de liberación estrechamente ligadas a nuestra capacidad de distanciarnos de la descripción de la realidad que heredamos. El núcleo de su pensamiento gira en torno a la identificación mecánica entre los conceptos, heredados gracias a la «coacción civilizadora»²⁰ y las cosas. Los conceptos de la tradición son los instrumentos que permiten en nosotros el ejercicio del pensamiento (nada es pensable sin conceptos). Con tal regalo recibimos, no obstante, las barreras que limitan su uso. En aquello que lo forma como tal, recibe el sujeto lo que coarta su ficción de autonomía. Sólo en la toma de conciencia de los factores contradictorios que encierra lo real y que no son absorbidos por los conceptos que habitualmente barajamos (los heredados), se deja entrever la espontaneidad del pensamiento. A tal ejercicio tímidamente espontáneo del pensamiento le da Adorno el nombre de filosofía.

Siendo consecuentes con su definición, cabe exigir de la filosofía que vaya más allá del ámbito de lo fenoménico. Aislando el contenido aquí y ahora, sin la pregunta por su génesis y sin el cuestionamiento de lo contradictorio (lo combatido como injusto en el campo práctico) presente en los distintos tipos de realidades, el estudio de éstas es insatisfactorio. El veto positivista al estudio de lo que carece de medida, potenciado también por la separación académica de los saberes, es especialmente nefasto a la hora de analizar las estructuras sociales y políticas. Forja parodias de estudios como las de Sartori o Huntington. Este tipo de estudios no permiten al hombre sino regodearse en su miseria. Su llamada a la sujeción a lo que es y su condena de la especulación, son al mismo tiempo claro intento de «neutralizar a toda prisa cada paso hacia la emancipación mediante el reforzamiento del orden»²¹

El replanteamiento de los conceptos heredados y la continua atención a la realidad que nos rodea, el abocarnos en la realidad que nos recomendaba Adorno, resulta cada vez más indispen-

18 ADORNO, Theodor, *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1975, p. 178.

19 Una rápida ojeada a la Historia puede servirnos para hacernos pensar acerca de esta búsqueda de seguridad conceptual con respecto a la democracia emprendida por Sartori. El reciente estudio *Democracia y participación en Atenas* (Madrid, Alianza, 1999) del profesor R. K. SINCLAIR, nos habla, por ejemplo de que: «Tampoco el término *dēmokratia* (el gobierno o poder del Demo) estuvo falto de ambigüedad o tuvo un significado estable» (p. 40), sino que las diferencias de derechos políticos entre los varones adultos originarios de Atenas y no sometidos a esclavitud que Solón había establecido en torno al 590 a.C., diferenciando cuatro clases de ciudadanos según la producción anual de trigo, fueron perdiendo vigencia en pos de una progresiva isonomía

20 *Dialéctica negativa*, p. 143.

21 *Dialéctica negativa*, p. 31.

sable en los tiempos enormemente acelerados en los que nos ha tocado vivir, tiempos en los que las teorías y los conceptos tiemblan continuamente ante el mayúsculo poder y la rápida sucesión de los fenómenos.

Son las circunstancias, lo objetual, lo que hace que la estrategia de fijación semántica del término democracia practicada por Sartori, sea insatisfactoria a nivel teórico. El politólogo italiano describe la forma de gobierno de un mundo, que, vuelto del revés por una evolución tecnológica continua, entra ya en contradicción frontal con la democracia representativa.

Respecto a la práctica política, como he intentado mostrar, la inquietud de Sartori por dar estabilidad conceptual al término democracia, se traduce en el postulado práctico o advertencia acerca del peligro que la llamada a la participación ciudadana supone para la democracia.

Su estrategia es compartida por Huntington y otros autores que siguen las pautas marcadas por Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia*. A este conjunto de posiciones me gustaría englobarlas con la denominación general de *Políticas del Rompeolas*. Comparten, sin duda, la alegría ante los grandes avances u oleadas de la democracia representativa a nivel mundial, felicitándose por el número cada vez mayor de países incorporados al mundo libre y, sin embargo, pretenden poner al mundo libre a salvo de los cambios que supondrían una elevación significativa del nivel de democracia real en nuestras sociedades y en nuestras instituciones políticas. Gozan por ello, ante los avances cuantitativos del sistema, tanto como temen cambios cualitativos en éste²².

22 Una descripción detallada y maestra del conflicto entre descriptivismo y normativismo, planteado por Habermas en términos de *Faktualität und Geltung*, no centrada en el análisis de los argumentos sartorianos, puede encontrarse en la obra de HABERMAS (Jürgen) del mismo título, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1992.